"*Tamaulipas*, viene á ser un imitador de Olmedo, con muy "inferior estro. Sus odas en liras valen todavía menos."

El mejor crítico que existe actualmente en España, según la opinión común, es Cañete, quien dijo de Castillo y Lanzas lo que vamos á copiar, en sus acertadas observaciones al estudio de Willemain sobre poesía lírica española y mexicana: "El cantor de la *Victoria de Tamaulipas*, Joaquín del Castillo y Lanzas, tan correcto y bien entonado como el cisne de Guayaquil, ya que no compita con Andrés Bello, merecía no ser pospuesto á un extraño, al cubano Heredia."

Por nuestra parte, guardamos un término medio acerca de Castillo y Lanzas, juzgado como poeta, entre las opiniones de Menéndez Pelayo y Cañete. Véase el artículo correspondiente á Castillo y Lanzas en el Capítulo XX.

Pág. 249 (tomo II). "Por el mismo tiempo que Castillo y "Lanzas floreció Francisco Sánchez de Tagle, traductor de "Juan Bautista Rousseau y poeta desmayado mucho más "que su modelo."

Lo que Menéndez Pelayo asienta respecto á Tagle son errores crasos, y comprueba perfectamente no haber estudiado las obras de los poetas mexicanos, sino que las hojeó con precipitación. Comenzarémos por declarar que Juan Bautista Rousseau (á quien no interesa juzgar aquí) no fué *el modelo* de Tagle. Éste tradujo algunas composiciones aisladas del poeta francés, y de ello no se infiere que le tomase por modelo. Empero, lo curioso del asunto es que no siendo la obra de Menéndez Pelayo, á la cual se dirige el presente escrito, referente á traductores de Rousseau sino de Horacio, el bibliógrafo español haga hincapié en una poesía de Rousseau, que no viene al caso, y deje de citar lo que debía, esto es, las traducciones que de Horacio hizo Tagle, según se ve á la página 142 de sus poesías, texto y nota. México, 1852.

Respecto á los *desmayos* de Tagle, diremos que estaba reservado distinguirlos al microscopio crítico de Menéndez Pelayo. Esos *desmayos* no pudieron observarlos ninguno de los

biógrafos y críticos del poeta mexicano, nacionales, sud-americanos, ni europeos, como los siguientes: Beristáin, *Biblioteca;* Ortiz, *México como nación independiente;* Cortina, en uno de sus artículos críticos; Diccionario de historia y biografía, publicado en México por Andrade; Arróniz, *Manual de biografía Mexicana;* Cuellar, *La Literatura nacional*, artículo varias veces impreso; Sosa, *Biografías de Mexicanos Distinguidos;* Roa Bárcena, *Acopio de Sonetos;* Torres Caicedo, *Estudio sobre poetas americanos;* Cañete, *op. cit.;* Zorrilla, *Flor de los recuerdos.* Para no extendernos más de lo necesario, sólo transcribiremos aquí lo dicho por dos de esos escritores, uno extranjero y otro mexicano, Zorrilla y Roa Bárcena. Escogemos al primero por las razones que dimos al hablar de Navarrete, y al segundo por ser el último que ha escrito algo sobre el poeta que nos ocupa, y tener de él muy buen concepto Menéndez Pelayo: éste califica á Roa Bárcena de "docto académico y poeta de los que hoy honran más la República mexicana." (Página 203, tomo I.)

Zorrilla califica á Tagle de "genio más inspirado, gusto más exquisito é instrucción más vasta que Navarrete, lo que le coloca *en primera línea* entre los poetas mexicanos..... Tagle bebió su saber en ricos y vírgenes manantiales, depurando su gusto con la lectura de Milton y de Pope, del Tasso y del Petrarca, de Metastasio y de Alfieri..... Tagle derramó en sus versos la esencia de su saber y la ternura de su corazón amante..... Tagle, clásico puro, es *elevado* en sus ideas, *poético* en su lenguaje, grandemente atinado en la elección de palabras, tierno y amoroso en sus composiciones amatorias, donde jamás permite á su pluma salir del más estricto decoro, y la pasión que las inspira tiene *un no sé qué* de castidad cristiana. En el giro de sus frases y en la estructura de sus versos se ve el estudio que hizo de Rioja y de Fr. Luis de León; y en la flexible cadencia de sus endecasílabos se revela lo acostumbrado que estaba su oído á la armonía de los italianos." Roa Bárcena considera á Tagle como "poeta de

alto coturno, y en cuyas composiciones se hallan ideas triviales y locuciones vulgares; pero al lado de *altísimos pensamientos y expresiones de aquellas que caracterizan á los escritores de primer orden.*" Roa califica de *muy levantados* los versos del primer terceto de un soneto de Tagle "A Jesús Crucificado," añadiendo que esos rasgos *son frecuentes* en el ilustre autor del epitafio que todos sabemos de memoria:

"Bajo esta losa paternal cariño
guarda de un hijo los despojos que ama.
Natura y religión cada una exclama:
¡Míseros padres! ¡Venturoso niño!"

Nosotros, para hacer de las poesías de Tagle el estudio que merecen, les dedicamos un extenso capítulo, el XIII de la presente obra, al cual nos remitimos.

Después de haber vapulado Menéndez Pelayo al ilustre Sánchez de Tagle, hace lo mismo (pág. 249) con otro de nuestros buenos poetas, Fernando Calderón, suponiéndole defectos que no tiene. Según D. Marcelino, "el romanticismo mexicano sólo pudo traducirse en desenfreno gramatical é insurrección contra las leyes de la prosodia y de la lógica, ó en imitaciones serviles de Zorrilla y de Espronceda. Tal es el carácter de los versos y dramas de Fernando Calderón." Precisamente lo que recomienda á ese poeta mexicano es haber sido romántico de la buena escuela. Por lo común, fué correcto en la forma, buen prosodista en versificación, y siempre juicioso en las ideas, lo cual demostramos nosotros, no por medio de una plumada, sino de un examen concienzudo de las composiciones de Calderón, según se ve en el Capítulo XVIII. Véase también lo que acerca de *incorrección* y de *imitaciones* observamos en el epílogo, capítulo XXII, en lo general hablando; pero respecto á Fernando Calderón, en particular, hay que hacer estas observaciones: á Espronceda sólo una vez imitó, y nada más en la forma de una canción; á Zorrilla nunca le tomó por modelo, y de ello

es testigo Zorrilla mismo, quien, al hablar del poeta que nos ocupa (*op. cit.*), cita los autores que éste imitó en concepto de aquél, sin citarse á sí mismo, según hace con entera franqueza, hablando de otros escritores mexicanos.

Tan por encima conoce Menéndez Pelayo la literatura mexicana, que al desdeñar, con ligereza, á nuestros poetas románticos (pág. 250), ni siquiera indica saber que el introductor del romanticismo en México fué el excelente poeta Rodríguez Galván, á quien dedicamos el capítulo XIV.

A la página 251, Menéndez Pelayo presenta otra prueba de lo poco que ha estudiado nuestra literatura, pues hablando sobre la introducción en México de la prosodia de Sicilia, calla los nombres de dos notables poetas mexicanos, Ochoa y Ortega, á quienes era oportuno mencionar. Ochoa marca, en México, un paso de adelantamiento en locución y versificación, aventajándole Ortega, quien compendió y puso en verso la Prosodia de Sicilia. Véanse, en la presente obra, los capítulos XI y XII relativos á Ochoa y Ortega.

En la página 255, el escritor á quien refutamos cita algunas poesías de Pesado, entre ellas la intitulada *Inmortalidad*, sin hacer la observación de que esa poesía no es original de Pesado, según se supone, sino una traducción trunca de Lamartine, lo cual puede conocer cualquiera persona que compare la composición del autor mexicano con la del francés que lleva igual título.

Páginas 256 y 257 del mismo tomo II. Respecto de Carpio, D. Marcelino atina con algunos de sus defectos; pero los exagera, y supone otro muy discutible, ó que en realidad no tiene el poeta mexicano. Según Menéndez Pelayo, "Carpio usa *frecuentes* prosaísmos de dicción, y descripciones continuas, lujo de ellas, que acaban por producir singular monotonía, pobreza verdadera." Dígase que todo eso se verifica en *algunas* composiciones de Carpio, y se habrá dicho la verdad, según comprobamos nosotros con doctrinas y ejemplos en el capítulo XVI. El defecto discutible, ó que en realidad

no se halla en las poesías de Carpio, consiste en que, según D. Marcelino, el escritor mexicano carece de nervio, es decir, de fuerza. Como tratándose de literatura no se pueden contar las pulsaciones de un poeta, ni aplicarle el termómetro, según hacen los médicos, para saber si se adolece de *stenia* ó de *astenia*, de aquí resulta un punto que queda al arbitrio, al gusto de cada lector. Para nosotros, y para otras personas, las poesías de Carpio pertenecen al género medio ó templado, lo cual es conforme al arte de escribir, atendiendo á la clase de composiciones que generalmente escribió el mismo Carpio, narrativas y descriptivas.

No sólo en las censuras, sino aun en los elogios de nuestros poetas anduvo desgraciado alguna vez el bibliógrafo de Santander. Extrañando (pág. 203, tomo I) que Pesado no figure en la *Lira Mexicana* de Peza, declara D. Marcelino "que Pesado va al frente de todos los poetas mexicanos." Poco antes (pág. 199) había declarado al mismo Pesado *poeta clásico*.

Observaremos nosotros, respecto á Pesado, que no fué clásico puro sino ecléctico, según explicamos suficientemente en el capítulo XV, y esto lo confirma Menéndez Pelayo mismo, cuando á la página 254, tomo II, confiesa que la poesía de Pesado *A mi amada en la misa del alba*, se halla compuesta en variedad de metros, *al modo romántico*. Lo mismo puede decirse de otras composiciones de Pesado, en la forma; pero mucho más en las ideas y sentimientos, generalmente del mundo moderno ó cristiano. Que Pesado sea el primero de nuestros poetas lo negamos redondamente, si bien le colocamos entre los buenos del Parnaso mexicano. Vamos á manifestar los fundamentos de nuestra opinión.

Desde luego ocurre que Pesado no puede ser el primer poeta de México en los géneros que no cultivó, el drama, la sátira, la fábula, etc. Como poeta erótico no es de mucha importancia: Menéndez Pelayo mismo confiesa (página 253) "que las poesías amorosas de Pesado son bastante inferiores

á las sagradas y á las descriptivas." Como poeta filosófico y religioso Pesado es inferior á Navarrete, especialmente porque éste es más original: Pesado, según explicamos en el capítulo XV, es más bien imitador y traductor. Compárese, por ejemplo, *La Inmortalidad* de Pesado con la de Navarrete, y la famosa *Jerusalem* con *El Alma privada de la gloria*. No tiene duda que son de mucho valor las poesías nacionales de Pesado, *Las Aztecas* y sus *Descripciones* de Orizaba, Córdoba, etc. Empero en *Las Aztecas*, no hay de Pesado más que la forma, y como poeta descriptivo y narrativo Carpio le es superior, no sólo en nuestro humilde juicio, sino según la opinión general. Pesado como traductor será, cuando mucho, igual á Ochoa, Alegre y Segura. Nosotros hemos elogiado al escritor que nos ocupa en el punto de vista ecléctico; pero así le supera Rosas Moreno, de quien hablamos en el capítulo XX: Rosas Moreno es más correcto en la forma y más original en los asuntos. Por último, notaremos que como hablistas, Ochoa, Ortega, Cortina y Arango Escandón son superiores á Pesado. Véase lo que en el capítulo XX manifestamos respecto á Arango Escandón y á Acuña, con referencia á Menéndez Pelayo.

Nos resta que hacer la observación más importante á Menéndez Pelayo respecto al *Horacio en España*, porque se refiere al plan de esta obra. Según su autor, da una noticia de traductores americanos de Horacio por medio de una sección *completísima* (pág. 198, tomo I). Sin embargo de esta promesa tan amplia, son varios los traductores mexicanos del poeta romano que faltan en la obra de D. Marcelino, según puede verlo cualquiera que la compare con la *Biblioteca* de Beristain y con los índices de las poesías mexicanas posteriores. El Doctor de Santander cita varias veces, en sus obras, la *Biblioteca* de Beristain, así es que la citó sin leerla, ó la leyó sin aprovecharla, según hizo con las poesías de Tagle: vimos antes que Menéndez Pelayo se ocupó indebidamente en citar á Tagle como traductor de Rousseau, y no le citó, según debía,

003461

como traductor de Horacio. En el curso de la presente obra tenemos cuidado de llamar la atención sobre varios mexicanos traductores de Horacio, no citados en el libro que venimos examinando, siendo de advertir que como el nuestro no es una bibliografía especial de traductores horacianos, aún quedan por mencionar algunos que estaban á cargo de D. Marcelino.

Podrá decirse que á ese escritor se le ocultaron algunos traductores mexicanos de Horacio por ser poco conocidos, lo cual no es disculpa, porque precisamente el objeto del bibliógrafo español era darlos á conocer. Empero ¿cómo se explica que el citado bibliógrafo no haya dedicado un solo recuerdo á varios de nuestros más notables poetas, al reseñar la historia general de nuestra literatura? Menéndez Pelayo cita poeta tan defectuoso como Ruiz de León, y calla los nombres de Eslava, nuestro mejor dramaturgo sagrado; Alegre, Abad y Landívar, latinistas de primer orden; Ochoa y Ortega, buenos hablistas; Rodríguez Galván, buen romántico; José de Jesús Díaz, apreciable autor de romances históricos; Miguel Martínez y Francisco Guzmán, recomendables poetas místicos; Cortina, correcto poeta clásico; Valle, sentimentalista juicioso; Rosas Moreno, el mejor fabulista de México, y todavía otros más que el lector sabrá escoger en el curso de la presente obra, á los cuales deben agregarse varios poetas vivos notables de quienes nosotros no tratamos, y sí debió citar Menéndez Pelayo, como cita á Collado, Prieto y otros que aún existen. De los poetas que figuran en nuestra obra, y debían haber sido mencionados por Menéndez Pelayo, sólo lo hace con Ochoa; pero repitiendo una noticia errada de sus traducciones (página 441, tomo II). Según esa noticia, "Ochoa tradujo *El Dios uno*, poema latino del P. Abad." Lo que Ochoa tradujo y hemos copiado en el capítulo VI, es un canto intitulado *Dios es uno*, perteneciente al poema de Abad intitulado *Heroica de Deo Carmina*.

No teniendo más que decir acerca del *Horacio en España*

pasamos á hablar sobre otro escrito de D. Marcelina Menéndez Pelayo, su noticia relativa á traductores de Virgilio, la cual se halla en la *Biblioteca Clásica* (Madrid, 1879), volumen destinado á la traducción de Virgilio por Caro.

En esa noticia se nota lo mismo que en la obra *Horacio en España*, esto es, omisión de algunos traductores de Virgilio, mexicanos. El lector puede cerciorarse de ello siguiendo el mismo camino que hemos indicado respecto á traductores de Horacio, comparación con la *Biblioteca* de Beristain, con los índices de poesías mexicanas posteriores á Beristain y lectura de la presente obra.

Por lo demás, lo que nos ocurre observar, respecto á traductores mexicanos de Virgilio, mencionados por D. Marcelino, es relativamente al zacatecano Larrañaga, quien puso en verso castellano todas las obras del citado poeta latino.

Según Menéndez Pelayo, nuestro Larrañaga es *muy mal poeta*, lo cual comprueba copiando tan solamente versos correspondientes al argumento del primer libro de la Eneida y cuatro del poema. El escritor español se divaga en censurar un soneto que no pertenece á Larrañaga, y que, por lo tanto, nada tiene que ver con su traducción: el tal soneto es uno de aquellos encomiásticos, que se ponían al frente de los libros, y D. Marcelino le califica de *perverso*, epíteto muy vulgar para una obra seria como la que nos ocupa. Beristain, Ortiz, Arróniz, Sosa y otros escritores han citado, con elogio, la traducción de Larrañaga; pero quien más detenidamente la ha juzgado es D. Manuel Olaguíbel, por medio de un recomendable estudio publicado en el periódico literario *El Domingo*. Olaguíbel compara á Larrañaga con Fr. Luis de León y Hernández de Velasco, haciendo notar "que cuanto gana la traducción de esos dos poetas en corrección y elegancia, gana la de Larrañaga en exactitud." Por nuestra parte, no juzgamos perfecta la traducción de que se trata; pero tampoco la creemos despreciable, según supone Menéndez Pelayo. Véase lo que acerca de D. José Rafael Larrañaga decimos en el capítulo X.

D. Marcelino algo trata también sobre escritores mexicanos en su *Historia de las ideas estéticas en España*, según vamos á manifestar, comenzando por lo relativo al P. Alegre.

El jesuita mexicano Francisco Javier Alegre tradujo la Iliada de Homero en verso latino. Esta obra es, entre las poéticas de Alegre, la más conocida y elogiada, trabajo excelente, de primer orden, en opinión de los inteligentes, nacionales y extranjeros, bastando citar, de éstos, al célebre Hugo Fóscolo. Menéndez Pelayo ha puesto á la traducción que nos ocupa el defecto de *demasiado virgiliana*. Esta observación es una de aquellas sutilezas críticas que nada significan, porque carece de fundamento sólido, no siendo posible establecer reglas fijas para determinar dónde empieza lo justo de una imitación, y dónde *lo demasiado*, salvo que se trate de un plagio, falta literaria de que el bibliógrafo español no acusa al poeta mexicano. Por otra parte, nótese que Menéndez Pelayo ha recomendado varias veces, la forma horaciana, en la poesía lírica, sin exhibir *cartabón* para ello. Ahora bien, el hecho es que así como á Horacio se le considera príncipe de los líricos latinos, así Virgilio es rey de los épicos y, por lo tanto, acertó Alegre en seguir el gusto del Cisne mantuano al escribir, en latín, poesía épica.

Menéndez Pelayo elogia la obra de D. Estéban Arteaga en que trata *De lo bello;* pero, no obstante su nimiedad bibliográfica omite citar lo que de ella se reimprimió en México (1825).

Cita D. Marcelino lo que relativamente á estética escribió el mexicano Pedro José Márquez, dando la noticia como nueva, porque la omitió Beristain en su *Biblioteca*. Empero, la obra de Márquez, á que se refiere el Dr. Montañés, se encuentra citada y marcada con el número 4 en el Diccionario de Historia y Biografía publicado en México por Andrade, artículo correspondiente á Márquez.

Creemos conveniente reproducir aquí lo que acerca del espíritu de la crítica de Menéndez Pelayo observó un autor

nada sospechoso, su compatriota, colega y amigo, D. Juan Valera, en el juicio que precede al *Horacio en España:* "Me-
" néndez Pelayo tiene crítica sana y atinada *cuando la pasión*
" *ó ciertos prejuicios de escuela ó secta no le extravían*..... Me-
" néndez Pelayo *como todos los ultramontanos* aborrece á Quin-
" tana, poeta de la libertad y del progreso, y le censura in-
" justamente, aunque es el primero de nuestros líricos, salvo
" Fr. Luis y Espronceda..... Menéndez Pelayo muestra
" *mala voluntad* á la ciencia, al arte y á la filosofía de Alema-
" nia. El libro de Menéndez Pelayo es *archilatino, ultracatóli-*
" *co* y *un tanto retrógrado.*"

Lo dicho nos parece bastante para convencer á ciertos literatos mexicanos de que ya es tiempo tengan voz propia, y dejen de ser el eco de autores extranjeros poco idóneos. El juicioso D. Manuel Cañete, en su escrito varias veces citado observa acertadamente: "Es vicio común en algunos críticos dar en grandes equivocaciones siempre que se refieren á países extraños. No ya cuando hablan de tiempos antiguos y de materias recónditas, lo cual nada tendría de particular, sino tratándose de asuntos que están al alcance del menos docto, suelen cometer errores de tal magnitud que no hay medio razonable de disculparlos. Esta propensión á decidir ex-cátedra sobre lo que saben mal ó sólo conocen de oídas, sería excusable en escritores adocenados; pero en aquellos que disfrutan grande y merecida fama no tienen explicación satisfactoria."

NOTA.—Véase el elogio que ha hecho Bancroft en el volumen 38 de sus obras, c. 16 y 17 (San Francisco, 1890), de los poetas mexicanos censurados por Menéndez Pelayo, á quienes nos hemos referido en las observaciones anteriores.